



## **La revolución negada de Arequipa y otros ensayos de sociología urbana (Reseña)**

The denied revolution from Arequipa and others urban sociological essays (Review)

Edward Álvarez Yucra  
Universidad Nacional de San Agustín  
[mosiahvarez@hotmail.com](mailto:mosiahvarez@hotmail.com)

**Cómo citar esta reseña:** Álvarez, E. (2020). La revolución negada de Arequipa y otros ensayos de sociología urbana (Reseña). *Revista Némesis*, 17, 84 – 88.

**Fecha de recepción:** 30/11/2020

**Fecha de aceptación:** 29/03/2021

## La revolución negada de Arequipa y otros ensayos de sociología urbana

La vida intelectual de Arequipa rejuvenece con el pasar de los años. No es de sorprender que su tradición de pensadores y artistas ilustres hoy por hoy puedan considerarse clásicos al interior del canon nacional. Desde Francisco Mostajo hasta Eusebio Quiroz Paz Soldán, las cavilaciones socioculturales no han cesado cabalmente. Además, conviene mencionar las exigencias de cada periodo, un clima al cual todo autor se somete para desentrañar los problemas circundantes. Este no solo es el caso del siglo XXI —vale decir, un presente que amerita explorarse—, sino también de sociólogos como Erick Tejada Sánchez, quién echa luces sobre el nuevo milenio que atañe a la Ciudad Blanca en su último libro: *La revolución negada de Arequipa y otros ensayos de sociología urbana*. Aunque breve, compuesto solo por tres ensayos de un rigor loable, el libro nos guía por fenómenos trascendentales. Las dinámicas de convivencia urbana, como bien señala Patricia Salas O'Brian en el prólogo, signan controversias a interpretar con cautela; abarcar la identidad regional, la disputa por los bienes públicos e, incluso, la función de la democracia, pone en cuestión ciertas ópticas tradicionales de la sociedad arequipeña.

“La revolución negada de Arequipa y la defensa de lo público en el estallido de junio de 2002” abre el conjunto de ensayos rememorando un hecho infranqueable en la primera década de este siglo: la gesta de Arequipa o la gesta de junio; nombre propicio para dicho acontecimiento, pues si bien la historia plasma a Arequipa como ciudad revolucionaria, el término más preciso sería el de ciudad rebelde. Tejada Sánchez acierta en este rótulo, en tanto consideremos tan revolucionario el acaecer del 2002 como los de siglos previos, solo cabe hablar de un temperamento rebelde con intereses propios o valores ideológicos. En este sentido, la gesta de Arequipa fue un movimiento social a contracorriente de la privatización de recursos públicos tales como el agua potable y la electricidad.

La formación del Frente Amplio Cívico de Arequipa (FACA) fue decisiva para lograr el cometido de la gesta. Los procesos de integración crearon nexos con otras agrupaciones que se aunaron al colectivo. Así, basado en el pensamiento de Alberto Melucci, el autor encuentra en este movimiento social un aire político antes que reivindicativo; es decir, busca transformar los canales y fuerzas de participación política para instaurar decisiones. Por consiguiente, caló lo suficiente para abrir un foro público donde entró en cuestión tanto la legitimidad como la razonabilidad con la cual se determinaron las acciones gubernamentales.

Cabe añadir las estrategias de defensa que lo hicieron posible: la movilización política a través de las autoridades locales, la pugna entorno a la esfera pública generada por los medios de comunicación y la construcción de un interés público incentivado por los actores sociales del movimiento. Tras su efectividad, la agrupación se deshizo, dejando la carencia de una identidad orgánica a la cual aludir para referirnos a un movimiento sólido o perdurable que supere las fronteras de una memoria rebelde; a veces hasta incómoda.

Prosigue el ensayo “Autonomía y subalternidad en las periferias urbanas de Arequipa” con una aproximación a las comunidades emergentes entorno a la ciudad. En esta ocasión, se trata del análisis discursivo de una asociación situada en Cono Norte entre 2005 y 2007. Encontramos pobladores que optan por una acción colectiva frente al Estado para conseguir una subsistencia estable. Por ende, asumen roles tan funcionales como participativos en virtud de una sociedad autónoma, capaz de establecer sus relaciones estatales bajo un marco conflictivo y patrimonialista. La actividad del colectivo se rige por una ética social, fundada sobre deberes y derechos que asumen los integrantes; podemos encontrar algunos de estos en las faenas, asambleas u otros compromisos ineludibles para el sostén de la asociación.

Apoyándose en la óptica de Cornelius Castoriadis, Tejada Sánchez atribuye la vigencia de la autonomía al ágora subalterna. Esta se conforma por la construcción de un interés común a raíz de las reuniones que implican tomar medidas decisivas de cualquier índole. Así, dan cuenta de una consciencia grupal, instrumental y estratégica, la cual no pierde articulación dado el complemento de dos aristas dialógicas: por un lado, la horizontal, visible en los votos de cada integrante y, por otra parte, la vertical, situada en las funciones de la junta directiva. Es clara la jerarquía dentro del grupo, mas no son permisibles las decisiones individuales, aun suponiendo que la directiva tenga sus propias predilecciones, resulta

inevitable consultar con el resto de pobladores; de ser lo contrario, son destituidos de su posición. La voz desde ambas dimensiones, crea un diálogo favorable que permite el ejercicio democrático cuando se trata de poner manos a la obra.

El discurso manifiesto por la asociación, la reconoce fuera del Estado. Los textos o disertaciones revisadas, evocan repetidas veces en dos significaciones que la ubican con cierta independencia; en otras palabras, se da un encuadre formado por los enunciados, “apoyo” y “lucha”, que resumen sus vínculos estatales. El apoyo recae en una petición que puede o no ser correspondida, en tanto la lucha implica únicamente el reclamo por servicios fundamentales. La intervención estatal se define a través de los criterios neoliberales de orientación por la demanda; los pobladores han de recibir facilidades o recursos básicos con los cuales puedan erigir y patrimonializar sus bienes públicos. En consecuencia, mantienen una representación personalizada del Estado, por lo que recurren a la burocracia de instituciones públicas como autoridades políticas o tecnócratas displicentes; mediadores indispensables en la mayoría de sus tácticas patrimonialistas. Dicho dinamismo orgánico es característico de sociedades modernas, por tanto asociaciones como esta superan la tacha de la premodernidad. En cambio, evidencian una de las variantes producidas por la modernización; bastante frecuentes en Latinoamérica.

El último ensayo, “Arequipeños del siglo XXI: identidades culturales emergentes en la Ciudad Blanca”, rebate los rasgos esencialistas de la subjetividad arequipeña actual. Las encuestas realizadas en tal proyecto se concentraron en mujeres y jóvenes de sectores populares, entre fines del 2011 e inicios del 2012. De inicio, el autor problematiza las figuraciones tradicionales del arequipeño nato, es decir, aquel que se jacta de su estirpe blanca, sea española o criolla. Desmiente, retomando las ideas de Sarah C. Chambers, este tipo de matices al reconocer una intención homogeneizadora por consenso entre la ciudadanía de antaño. La procedencia de los habitantes era dudosa, por lo que asumieron una blanquitud discursiva. Entonces, cobró vigor la desigualdad entre lo occidental y lo andino. Aun si consideramos la presencia del loncco, su impronta es la de un campesino de descendencia hispana; contrasta así de las otras subjetividades vernáculas. Pese a ello, se ha tratado de conciliar la influencia del ande con la occidental a través del mestizaje, cuya integración sigue un proceso inconcluso. Rememorar el trance de lo rural a lo urbano en determinadas décadas, trae a colación la relevancia de las migraciones. No pasa por alto el rechazo de la sociedad arequipeña del siglo XX ante este fenómeno; dejó una huella indeleble en la identidad conservadora que dio lugar a variantes alternas.

Los diversos resultados de las encuestas reafirman el proceso constante del mestizaje. Las respuestas justifican la identidad de cada persona de acuerdo a sus manifestaciones culturales, muchos se remiten a costumbres, gastronomía y festividades. No obstante, las mujeres apelan más a la cocina, cuya práctica adquiere importancia por la función doméstica que desarrollaron en sus hogares. En cuanto a los jóvenes, su criterio presume ser más personal y no otorgan tanta relevancia a las costumbres tradicionales, dada su educación en un contexto tecnológico, donde influyó con creces la globalización. Además, desde ambos porcentajes, la mayoría toma en cuenta su descendencia y morada para identificarse.

A pesar de albergar gran cantidad de migrantes, Arequipa es campo de varias tensiones y conflictos, producto de un racismo latente. Los participantes del proyecto mostraron una intención por conciliar la influencia arequipeña con la de otras regiones. Algunos notan, incluso padecen, el desdén étnico por parte de la ciudadanía. En todo caso, el mestizaje cumple un papel integrativo, se presta a recibir el influjo de subjetividades externas y dar lugar a nuevas, aunque la clase conservadora reniegue de ello. Los Censos Nacionales del 2017 demuestran la presencia de identidades emergentes, la mayoría de sectores se declara mestizo. Por ello, la población propende a salir del conservadurismo reacio, lo cual no aparenta ser un hecho reciente si recapitulamos las intervenciones formidables de Dean Valdivia, el grupo de Mostajo y Guillermo Mercado. La identidad arequipeña empezó a disputarse hace tiempo atrás.

Naturalmente, como todo buen material ensayístico, las tesis planteadas despiertan puntos a reafirmar y cuestiones a discutir. Pensemos entonces en la propuesta inicial: acuerdo con la desmitificación del ideal revolucionario que se ha construido desde el siglo XIX. La épica, señalada en la historia y retratada en la novela de María Nieves y Bustamante (Meza y Condori, 2018), creó un ego que no tiene cabida en el

presente. Las rebeliones tuvieron justificación en su momento, mas no consiguieron un cambio drástico de paradigmas gubernamentales. No así, sería equívoco señalar la impertinencia de esta actitud, la subversión es indispensable cuando la corrupción se impone en las disputas por el poder (Quiroz, 2013), sobremanera, en la aparente república independiente. Dicho sea de otro modo, Arequipa se ganó el sobrenombre de El León del Sur, pero eso no debe suscitar una hipérbole de sus actos. Especialmente si, como notamos en la gesta, después de consumir sus demandas, la movilización grupal se termina desintegramiento.

Ahora bien, la revisión de la subalternidad se muestra consistente. El análisis reitera la apreciación de Jorge Volpi (2009) sobre el continente latinoamericano en general, esa enorme brecha socioeconómica que persiste entre los habitantes de una misma ciudad. La desigualdad agudiza el desconocimiento de las alteridades, en tanto la condición de las mismas crean hábitos de vida muy diferentes: la supervivencia se distingue de la libertad. Ello quedó completamente al descubierto con la pandemia, lo que aqueja a los estratos bajos es la escases de recursos. Si volvemos al colectivo evaluado, el criterio neoliberal faculta su subsistencia, pues conviene recordar que un Estado de este tipo no es por fuerza democrático (Bobbio, 1989). Este ejercicio supone el progreso de un principio de caridad, cuya ausencia es constante en los estratos superiores. Por tanto, se encuentran visibles dos polaridades de la modernidad, un binomio relevante si pensamos en las asimilaciones que hacen del mundo moderno este tipo de sociedades.

En cuanto al tercer ensayo, la óptica logra destronar el narcisismo cultural de la ciudad. La concepción criolla e hispana acusa cierta colonialidad del ser (Quijano, 2014), en este caso, del arequipeñismo basado en la occidentalización peninsular. No obstante, si el mestizaje es el aspecto inclusivo de la identidad ¿cuál sería la originalidad del mismo? Tal vez conviene pensar la identidad como un trayecto que parte del nacimiento y la morada, al mismo tiempo que se actualiza conforme el sujeto se traslada del territorio y adquiere nuevas prácticas culturales. En ese sentido, el arequipeño podrá tener un principio acriollado, pero no se salva de entrar en contacto con las demás otredades del país. Así, cabe considerar este mestizaje para definir un tipo de criollismo.

Cavilar con cautela conlleva asumir los detalles. Estos ensayos buscan hilvanar puntos gravitantes que conciernen a la realidad regional. Sin embargo, es encomiable notar, primero, su extrapolación indispensable para discutir la condición nacional. El Perú no es Lima, mucho menos Arequipa; por lo que requiere reparos desde cada territorio, esto da pie a una articulación convergente, sin perder de vista las disyuntivas. Y segundo, evaluar las circunstancias de los espacios latinoamericanos a partir de precisiones lejanas a una interpretación eurocéntrica, en tanto sean acordes al propio imaginario social. Ambas sutilezas confluyen con una prosa consistente, su aporte cifra un pensamiento destacable si se trata de afrontar el periodo actual. Las sociedades cambian, los analistas no han de seguirlas a destiempo.

## **Bibliografía**

Tejada Sánchez, E. (2019). *La revolución negada de Arequipa y otros ensayos de sociología urbana*. Arequipa: Grado Cero-UNSA.

## **Referencias**

Bobbio, N. (1989). *Liberalismo y democracia*. México D. F: FCE.

Meza, M. y Condori, V. (2018). *Historia mínima de Arequipa. Desde los primeros pobladores hasta el presente*. Lima: IEP.

Quijano, A. (2014). *Cuestiones y Horizontes. De la Dependencia Histórico-Estructural a la Colonialidad/Descolonialidad del Poder*. Buenos Aires: CLACSO.

Quiroz, A. (2013). *Historia de la corrupción en el Perú*. Lima: IEP.

Volpi, J. (2009). *El insomnio de Bolívar. Cuatro consideraciones interpretativas sobre América Latina en el siglo XXI*. Buenos Aires: Debate.